

## Discurso de recepción del académico Emilio Cordero Michel\*

Roberto Cassá Bernaldo de Quirós\*\*

Por circunstancias de la vida se me presenta el honor de responder el discurso de Emilio Cordero Michel de ingreso como miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia. Digo así porque él debió ingresar mucho tiempo antes que yo a esta institución y porque soy yo beneficiario de su generoso saber de maestro historiador.

Aun así, y habiéndome sido solicitado por él que comentara su discurso, con la aprobación de los amigos de la Junta Directiva, me embargo de júbilo porque lo tengamos entre nosotros en la condición acorde con sus aportes. Y no hablo por mí solo, porque fue interés persistente de todos los compañeros directivos que nos entregara su pieza de ingreso. Pero debo también insistir en que me siento doblemente honrado en tanto que académico y amigo.

Lo conocí en febrero de 1971, recién yo retornado del exterior, llevado a su casa por Marcos Rodríguez y Carlos Ascuasiati, cuando él convalecía de una operación de la columna vertebral. Desde esa noche hemos sostenido una amistad que no ha cesado un solo día, en la cual siento que él ha fungido de hermano mayor. Yo ya tenía nociones acerca de su participación en las luchas de años previos, al lado de

---

\* Pronunciado en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia, la noche del 4 de febrero del 2004.

\*\* Miembro de número y presidente de la Junta Directiva de la Academia Dominicana de la Historia.



Manuel Aurelio Tavárez Justo, el eximio líder de la juventud dominicana; tratándolo de cerca he podido compenetrarme de la autenticidad de sus convicciones, que lo hacen un ser humano de calidad excepcional. Me enorgullece contarme entre sus amigos y tener hoy la oportunidad, aunque no merecida, de responder su discurso.

En más de un aspecto este es un discurso esperado. Yo diría a título estrictamente personal que, en justicia, desde que salió a la luz *La Revolución Haitiana y Santo Domingo*, en 1968, uno de los hitos de la historiografía dominicana. Con el paso de los años, ha ido añadiendo textos que, en conjunto, constituyen un vasto cuerpo integrado de temáticas que sustancian aproximaciones fundamentales al conocimiento de nuestro pasado. Su modestia consustancial ha dado lugar que algunos de esos textos no hayan tenido la difusión necesaria. Me refiero, en primer lugar, a sus *Lecciones de historia política, social y económica de la República Dominicana*, compendio basado en las cátedras ofrecidas en la Universidad Autónoma de Santo Domingo a fines de la década de 1960.

No puedo pretender en el día de hoy trazar una síntesis detallada de sus contribuciones a la historiografía dominicana contemporánea. Quisiera señalar que su obra se caracteriza por el rigor, la minuciosidad, la vocación crítica y el compromiso con un mejor destino del pueblo dominicano. Se desprende que haya estado en cierta manera pautada por la búsqueda del conocimiento de la lucha de los dominicanos por la libertad y la igualdad.

La obra de los próceres nacionales tenía que ocupar uno de los sitios dentro de esta trascendental temática, con aportes sencillamente fundamentales. Por ejemplo, los resultados de sus investigaciones acerca del pensamiento de Gregorio Luperón constituyen, a mi juicio, las síntesis más



elaboradas para comprender los móviles que animaron a este paladín de los anhelos nacionales de los dominicanos.

El sentido del discurso que acabamos de escuchar se inscribe dentro del conjunto de su obra. El historiador y amigo ingresa con buen pie a la condición de miembro numerario de la Academia Dominicana de la Historia. Esto es literalmente exacto desde el ángulo de la formalidad institucional. Pero, en verdad, desde hace tiempo él es un pilar de las actividades de nuestra entidad. Ha estado presente cada vez que se le ha requerido, laborando como el que más. En virtud de ello, la Junta Directiva lo designó editor de *Clio*, órgano de la institución, responsabilidad que conlleva mucha dedicación y que ha desempeñado haciendo honor a su vocación de servicio.

Hoy ha incursionado en un tema que ha atraído su atención desde hace años, la vida, obra y pensamiento de Máximo Gómez. Se trata de una preocupación muy pertinente, puesto que, como lo ha puesto de relieve, Gómez es una figura de proporciones incommensurables, que trascienden con mucho su genio militar. Jugó el papel de Libertador de Cuba en la justa medida en que poseía la constitución multilateral del prócer.

Si bien la vida de Gómez está principalmente relacionada con la historia de Cuba, no dejó de estar todo el tiempo conectada con la de su patria natal, y tiene la trascendencia de tener implicaciones para todos los pueblos de Latinoamérica. Las hazañas del guerrero son harto conocidas, pero a mi juicio los biógrafos y tratadistas hasta ahora no se han adentrado suficientemente en el conocimiento de las ideas. En esto radica lo más estimable de las investigaciones que se plasman en este discurso.



Se nos revela que la producción literaria de Gómez es vastísima, y que por su carácter todavía permanece en lo fundamental desconocida. Hay, por consiguiente, un espectro de temáticas para desarrollar en aras de colocar en su justa dimensión la complejidad de la personalidad del sujeto y aquilatar más debidamente la trascendencia de su protagonismo en la lucha por la libertad. Como demuestra Emilio, contrario a una imagen muy común, Gómez con mucho trascendía el nacionalista que únicamente perseguía la constitución de un Estado basado en la autodeterminación. Dedicó el grueso de su vida a esa causa porque estaba animado de criterios más profundos acerca del orden deseable. En tal sentido, como se ha expuesto, era en primer término un revolucionario que cuestionaba la explotación social y propugnaba por un sistema que la desterrara.

Como está cabalmente expuesto en este discurso, la toma de conciencia que llevó a Gómez a poner su vida al servicio de la libertad de Cuba fue producto de la repulsa que le provocó el orden esclavista vigente. Como expresión de un estado extremo de injusticia, es lícito inferir que la reflexión acerca de la esclavitud condujo a una conciencia desarrollada acerca de las condiciones que deben existir para que la comunidad pueda llevar una vida digna y libre. Algunas de las investigaciones históricas que se han realizado acerca de la historia de las guerras de independencia de Cuba muestran su contenido social.

En tal sentido, cabe considerar que se produjo una interacción entre los determinantes profundos del conflicto nacional y la conformación del ideario del jefe militar. El tema tal vez ha sido poco trabajado no tanto porque se haya menospreciado la dimensión del aporte de Gómez, sino más bien porque no era él un intelectual, o con más precisión, no se planteaba expresarse como tal. Sin embargo, Emilio nos



muestra que detrás de la reluciente humildad del batallador subyacía nada menos que el pensador.

Se explicaría así que del rechazo instintivo de la barbarie de la esclavitud de plantación el mayor general fuera transitando hacia la formulación de una cosmovisión compleja. Emilio concluye que se penetró de un espíritu democrático radical. Sin duda se inscribía en los contenidos que caracterizaron las luchas liberadoras en las Antillas hispanas, con expresiones tan señaladas como las de Juan Pablo Duarte, el doctor Ramón Emeterio Betances y José Martí. Pero en esta pléyade de radicales, siguiendo la interpretación contenida en este discurso, Gómez ocupa un sitio culminante. Tal vez se viera influido por su experiencia en la guerra nacional, pero se muestra la configuración desarrollada de una sensibilidad social, plasmada en un estilo de vida. Una interpretación clave contenida en el discurso es que Gómez se compenetró con los padecimientos de los humildes y, más importante, vivió como ellos y asumió un compromiso de contribuir a luchar por sus reivindicaciones como causa trascendente de su vida.

Se comprende que llegase a considerarse un socialista, como lo anota Emilio, conclusión a la que no llegó ninguno de los restantes próceres nacionales antillanos decimonónicos. Desde luego, el ideario socialista de Gómez era muy distinto de las expresiones más comunes en el siglo XX. Las palabras citadas del prócer, por lo demás, así lo ponen de relieve. Es una pena que, en aras del cumplimiento del tiempo estipulado para los discursos, no se haya desarrollado esta importante materia. Como en otras vertientes, su dilucidación espera textos ulteriores.

Lo contenido en este discurso y los aportes que deben sucederlo no pueden visualizarse como divagaciones acerca de un pasado perdido, sino que guardan una actualidad



impresionante. Se puede inferir que la sensibilidad popular y socialista de Gómez lo llevaba a postular un orden basado en la protección al campesinado, propuesta con la cual se adelantaba a cuestionar las tendencias injustas de la modernidad que no han cesado.

Es de esperar que el examen de las ideas de Máximo Gómez ya plasmado en este discurso se constituya en un acervo que contribuya al desarrollo de la conciencia histórica de la juventud dominicana. Que el conocimiento de una vida al servicio de la libertad de otra tierra y de las ideas florecidas en medio de sus combates sea referencia ejemplar para la asunción de compromisos en nuestro momento histórico.

